

ROSARIO QUIROGA DE URQUIETA



*Ella en el  
Pentagrama*

NOVELA JUVENIL

Grupo Editorial  
**Kipus**

Recorrieron el último jardín del parque Demetrio Canelas que termina en la avenida Beijing.

Los ojos de los caballos de la fuente que adornan al parque ya no parpadeaban. Estaban fijos en el ir y venir de la indiferencia.

¿Parpadeaban solamente en la noche?

¿Cuando llovía fuerte?

¿Cuando nadie los miraba?

¿Cuando les daba la gana?

Qué más da. A nadie le importaba nada más allá de sus narices; al menos eso parecía ser así.

A ellos, con seguridad, los motivaba un solo objetivo que era común a sus intereses de grupo.

–Qué casas más *rechulas* –dice Coco, abriendo y cerrando sus ojos como si estuviera guiñando a alguien.

–¿Por qué dices *re*? –interviene Chacho, con el ceño fruncido.

–Porque son muy lindas y además son grandes. Se ven tantas ventanas, deben ser de varios cuartos. Seguro

que tienen también jardines y piscina – continúa coco, impresionado, mirando fijamente a Chacho con quien no puede lograr hacer mejores migas.

–¡Ya! déjate de especulaciones, dices porquerías. El tiempo corre. Debemos concretarnos a nuestro objetivo –levanta la voz Chacho, mientras se arregla el jopete que le cae sobre la frente.

–¿Objetivo?, ah sí, el objetivo es encontrar la casa de Felipe, el Fífilón – responde Coco como quien recupera su atención en el asunto que los tiene en ese lugar.

–¿Fífilón?, qué apodo más ridículo. Y sabes tú ¿por qué se lo pusieron? – le pregunta Chacho.

–La verdad es que no sé la razón ni la causa, ni quién se lo puso. Yo ya lo conocí con ese apodo. Pero tal vez fue porque siempre andaba bien vestido y limpio y... san se acabó. Qué nos importan causas y razones –le responde Coco, levantando los hombros.

–Bueno. Ya bueno. Dejemos esas curiosidades a un lado y volvamos a lo nuestro. A la razón que nos trajo hasta este lugar –dice Chacho.

–Ah sí, el objetivo es encontrar la casa del Fífilón. Estaba casi seguro de que era en esta cuadra del parque. Pero como todo cambia de un tiempo a otro me estoy desorientando un poco, un poquito nomás. Calma, calma pueblo, ya daré con el blanco y seguro que me voy a ubicar con certeza. Parece que junto conmigo crecieron

estos barrios – dice en voz baja moviendo su cabeza de un lado a otro.

–Evidente. Tiene razón el Coquito. Mis papás dicen que ha cambiado mucho la zona de Sarco. Les escuché comentar que antes este lugar estaba rodeado de un paisaje lleno de vegetación con un riachuelo que lo atravesaba de norte a sud. Dicen que ahora se ha urbanizado tanto que casi no se reconoce su rostro antiguo –interviene uno de ellos con seriedad, achinando su mirada, como queriendo abarcar no solamente el entorno físico próximo sino también el del tiempo que estaba mucho más allá de su tiempo y del tiempo de sus amigos.

El aire se detuvo, dejó de soplar.

Todos estaban a la expectativa, permaneciendo dentro del carro. Inquietos, pendientes del menor gesto que hiciera la cara de Coco.

Y, zazzz.

Cuando Chacho estaba acabando de dar la tercera vuelta al parque, Coco exclamó:

–¡Aquella, aquella! Aquella es –señalando con el brazo, casi con el cuerpo entero, a una casa que estaba hacia la derecha.

–¿Estás seguro? –preguntaron todos al unísono, no tan convencidos de lo que decía el amigo.

–Tan, tan seguro estoy que falta un cinco por ciento para que sea el cien por ciento de seguridad –contesta riendo.

Esa costumbre del Coquito de decir las cosas un poco a la broma no gustaba a la mayoría de sus amigos. De ahí que no tomaban muy en serio sus sugerencias y opiniones. Esta vez se estaba arriesgando el todo por el todo. Esta vez iba en serio. Sabía lo que estaba haciendo. A no ser que el tiempo transcurrido le jugase una mala pasada con su memoria y ya no encuentre lo que un día había ahí.

–Sí, sí. Esa es la casa. Antes estaba pintada de verde ahora es de color naranja. ¡Caráscoles!, verde o naranja qué más da. ¡Esa es la casa, con seguridad! El timbre estaba en la puerta pequeña –exclama Coco mirando detenidamente a la casa mientras saca su cabeza por la ventanilla del auto. Su rostro cambia de expresión. Se pone serio. Se le frunce el ceño. Quizá al calor de la emoción su interior desanda el camino de un pasado que nunca olvidó por las profundas huellas que dejó para el resto de su vida. Son heridas del tiempo adolescente que no acaban de cicatrizar nunca, como en esta circunstancia en que le vuelven a doler. El recuerdo y el dolor hacen su tarea y con evidente seguridad afirma casi gritando:

–Sí, sí, aquí hicimos hace tiempo, mucho tiempo, un reventón. ¡Tal reventón! que vino la poli. Yo escapé. Me hice humo. Me perdí, volví a aparecer para ser protagonista de otra estúpida aventura. Desde entonces

no volví a ver al Fífilón; mucho menos a los otros chicos. Nunca más supe de ellos.

–Más te vale que sea verdad y que no estés equivocándote ni inventando cosas como siempre –le dice Pepelucho, el ducho.

–No desconfíen, hermanachos. Soy hombre de palabra y buena memoria –contesta, apoyando su mano en la guantera del carro. Su pose y actitud le dan aires de importancia que a él le encanta tener; especialmente para hacer rabiar a sus *cuates*, quienes lo subestiman y no le tienen mucha paciencia ni tolerancia. Él vestía humildemente y no gozaba de algunas comodidades. Quizá era el más desposeído económicamente, pero tenía otras cualidades que los otros no tenían. A eso se le llama la ley de las compensaciones, ¿no? Nunca se hizo problema de ver algunas diferencias entre sus amigos. Siempre tuvo, lo que se dice, una digna humildad. Era algo ingenuo. Algunas veces eso le ocasionaba malos entendidos que los superaba, precisamente, por su carácter nada malicioso.

–Bueno pues, bájate y haz lo convenido –le instruyó Chacho sin apagar el carro.

Miércoles, media semana.

Los días los siente lerdos. ¡Tarda tanto en llegar el sábado por la tarde! que cuando llega se le va como agua entre los dedos. Lo que queda del fin de semana lo ocupa compartiendo con sus hijos: Soledad, de 18 años, que trabaja de ayudante en un kiosco de la Universidad y asiste a un CEMA. Jorge, de 14 años que de día es ayudante de un mecánico y de noche asiste a un colegio regular.

Son las once de la noche.

Sus párpados apenas resisten el peso del cansancio. Ha sido un día agotador. Mucho movimiento en el hospital. Hoy, como nunca, llegaban los pacientes como en un desfile, ya para emergencia, ya para quirófano o al control rutinario como si se hubieran puesto de acuerdo.

Erlinda por aquí, Erlinda por allá, Erlinda de aquí para allá. Ella empujando camillas, cambiando sábanas, llevando insumos médicos, echando al basurero los desechos. Todo rápido, rápido.

Apenas a las dos de la tarde un leve descanso para, por lo menos, sorber un poco de sopa sin siquiera poder

saborearla porque el tiempo apremia. ¿Será de acelga, de arroz o de fideo, quizá de calabaza? Pero su estómago cruje y debe alimentarse. Sus pies están insensibles, pesan como si fuesen de plomo. Al fin dan las siete de la noche, hora de retirada. Hay cambio de turno. Camina como robot. Apenas sube al trufi la vence el sueño y va cabeceando al ritmo de la movilidad.

–Señora, señora, ¿no se va a bajar aquí? –le dice su compañera de asiento con la cual coincide algunas veces; por eso ella conoce dónde Erlinda debe bajar del trufi.

–Sí, sí. Gracias, querida –con mucho esfuerzo, tambaleándole el cuerpo, baja de la movilidad. Debe caminar todavía unas cuantas cuadras más hasta llegar a su casa ubicada en la zona sud, en una especie de conventillo.

Allí, en la zona sud se alquilan cuartos con baño compartido. Allí no hay alcantarillado ni agua potable. Los vecinos se surten de las cisternas que pasan cada tres días. También hay que juntar el dinero para pagar el agua cada tres días. Pero no importa. Ahí, en esos pequeños cuartos del conventillo está el hogar de Erlinda. Ahí está su familia.

Siempre que se recoge a su vivienda después del trabajo, siente un deseo recurrente: quisiera encontrar a su hijo esperándola, lo añora fervientemente. Sin embargo, para su pena, eso nunca sucede.

Erlinda aguardando la llegada de su hijo no despega la mirada del reloj.



Es casi medianoche.

Coco entra sigilosamente en la casa. Su madre lo está esperando despierta. Él, en lugar de saludarla, le reprocha:

–Ya te he dicho que no me esperes despierta. Te desvelas y mañana debes irte temprano a trabajar al hospital, después con lágrimas de nunca acabar, me culpas de tu trasnoche y desgano.

–¡Coco!, deja de ser malcriado. Eres el colmo. Encima llegas tan tarde y ni siquiera das explicaciones. Hasta cuándo la mamá te seguirá fomentando. Tú, que deberías ser el apoyo de nosotras nos traes solamente preocupación e intranquilidad –levanta la voz la hermana que despierta sobresaltada porque ya estaba durmiendo.

–Mejor cállate tú. El asunto no es contigo –le responde Coco, alzando las manos en ademán de fastidio.

–¿Dónde has estado hasta esta hora, hijo? ¿Por qué nunca puedes llegar temprano a la casa? Parece que a tu hermana y a mí no nos quisieras ni un poquito. Bueno, ya está bien, no nos quieras, pero por lo menos respétanos y valora lo que hacemos por ti. No es mucho lo que te damos, lo sé, pero tienes lo que nuestra dedicación y esfuerzo te ofrece con cariño. Valora hijo, valora –habla la madre con la voz quebrada y el rostro angustiado.

Él impávido, le lanza una mirada despectiva e intenta meterse en la cama. La madre lo detiene, advirtiéndole que mañana irá a reclamar al jefe del taller por tenerlo

trabajando hasta tan tarde. Él ya no la escucha porque cae rendido a la cama y empieza a roncar como un lirón.

El dolor y la impotencia de la madre y de la hermana rondan alrededor de la estancia donde el ambiente se envuelve en una atmósfera densa y sofocante. Únicamente el ronquito del hijito parece demostrar que él está con la conciencia tranquila.

“Sin música, la vida sería un error” lo dijo alguna vez Friedrich Nietzsche. Rosario Quiroga nos lo vuelve a confirmar en esta exquisita novela al decirnos que el arte armoniza, equilibra y borra fronteras. ELLA EN EL PENTAGRAMA es un tajo limpio, transversal, a la sociedad juvenil cochabambina con sus bemoles y repulgos... con sus sueños. ELLA EN EL PENTAGRAMA es una novela fresca y propositiva; esperanzadora y pulcra. Es, al final, una exhalación prometedora, tal cual es la juventud.

FRANCISCO MEDINA CHÁVEZ  
Escritor-Poeta

ISBN: 978-99974-14-41-0



9 789997 414410 1